

CAPÍTULO I

Roció el gran espejo con el líquido limpiacristales. Mientras se secaba, terminó de limpiar el polvo de las botellas que había encima del aparador.

«Es increíble» –pensó– «la cantidad de polvo que entra en esta casa».

Se volvió hacia el espejo. Empezó a pasar un paño suave, para quitar la película blanquecina que lo cubría.

Según iba limpiando, dejaba al descubierto su cara, su figura, que se reflejaba en el espejo.

Se quedó quieta, contemplándose. Miró fijamente al espejo y lo que vio, le gustó poco. Se acercó un poco más. Fue analizando y detallando lo que veía reflejado e hizo una mueca.

—¡Estás de pena, hija! –sabía que estaba siendo cruel consigo misma. Pero no quería engañarse. Últimamente había engordado. Tenía la cara macilenta, además de ojeras y necesitaba urgentemente ir a la peluquería, a teñirse y cortarse el pelo.

Pero lo peor de todo es que cada vez le importaba menos su aspecto. Ella, tan coqueta antaño, se estaba descuidando. No tenía alicientes ni para ir a peinarse. Y eso la ponía de mal humor. Pero no se sentía capaz de reaccionar.

Siguió mirándose en el espejo y se increpó furiosa.

—¡Estás hecha una ruina! Lo sabes, ¿verdad? ¿Y no piensas hacer nada? Tú tienes la culpa de estar así, te has

descuidado, cuidando a los demás. Este es el resultado de una serie de noches sin dormir, de tus desvelos para los demás —se encogió de hombros y contestó a la figura que la miraba al otro lado del espejo.

—Lo hice porque quise, porque quería a los míos.

—¿En pasado?, ¿ya no los quieres?

Se sintió turbada, como si alguien ajeno a ella le hubiese hecho la pregunta.

Sin contestarse, furiosa, terminó de limpiar el espejo, recogió todos los útiles de limpieza, y dirigiéndose a la cocina, los guardó.

—Se acabó, no limpio más. Total, ¿para qué?, como si alguno de los de mi familia apreciase el esfuerzo diario que hago.

Antes de ponerse a preparar la comida, decidió darse una ducha. Se encontraba sudorosa y cansada. Necesitaba urgentemente estarse durante un largo rato debajo del agua caliente, que la hiciese quitarse los pensamientos tétricos y negativos de su cabeza.

Cuando se estaba vistiendo, oyó abrirse la puerta de la calle. Se extrañó, ya que no era hora que volviese nadie a casa. Terminó de abrocharse los pantalones y, descalza, salió del dormitorio para ver quién había entrado.

Se encontró a su marido, Alfonso, de pie, delante del ventanal del salón, mirando absorto la calle.

—¡Alfonso! ¿y ésta novedad? ¿Pasa algo, para que vendas tan pronto?

Este no se volvió. Siguió contemplando la calle en silencio, como si no hubiese oído a su mujer.

Isabel se impacientó un poco.

—Alfonso, te estoy preguntando si ha pasado algo.

Se volvió su marido al fin, como desganado. Tenía la cara macilenta y los ojos febriles. Se dirigió hacia el sofá y se dejó caer pesadamente en él.

—¿Si pasa algo? ¿Ahora te das cuenta? Claro que pasa —su voz era sarcástica, malhumorada— tengo problemas en la empresa.

Isabel se dió cuenta de que no era un buen momento para bromas. Quiso decirle que cuándo no, pero optó por callarse.

—No sé como voy a solucionarlo. Estamos muy mal.

No pudo continuar. Una tos fuerte y bronca le impidió seguir hablando.

—Ya te has enfriado. ¡Por Dios!, mira que te dije que te llevases el abrigo.

—Déjame en paz, Isabel, solo me faltas tú y tus sermones —se levantó y empezó a pasear. Se le notaba tenso y furioso— es lo único que sabes hacer, decirme «ya te lo decía yo». ¿Qué más me has dicho últimamente?, ¿de qué más me has avisado? y, claro, yo nunca te hago caso, ¿verdad? —había sarcasmo en sus palabras.

Se paró delante de su mujer, que le miraba en silencio.

—No sé cómo voy a salir de este embrollo. No vamos a poder pagar la nómina, en el banco no hay dinero. Me están presionando para que devuelva los créditos que tengo con ellos. Y encima, para remate, no me encuentro bien. Desde hace días estoy fatal. Pero a ti todo esto te ha resbalado —terminó injustamente, haciendo responsable de todo lo que le pasaba a su mujer.

Isabel le oía en silencio, sin comprender el estallido de su marido contra ella.

Seguía paseándose por el salón, como si fuese un león enjaulado. Chocando alguna vez con los muebles, dado lo reducido de la habitación y el nerviosismo que tenía.

Ella tragó saliva, pensando lo que quería decir antes de hablar. —Alfonso, sin enfadarte y sin nervios, ¿quieres decirme qué ha pasado?, me estás acusando y lo único que yo pretendo es ayudarte.

El la miró e intentó serenarse. Volvió a sentarse.

—No tenemos pedidos. Los últimos que servimos, aún no nos los han pagado. Pero nosotros sí que hemos de pagar a los proveedores. Y por supuesto, pagar las nóminas. Quieren comer, ¿sabes?, tienen la mala costumbre de querer cobrar todos los meses —concluyó sarcástico.

Isabel se sentó a su lado y le cogió una mano, apretándosela con cariño, en un intento, que sabía inútil, de tranquilizarlo.

—Alfonso, hemos pasado por situaciones difíciles desde que creaste la empresa. Verás como se soluciona todo. Como lo has hecho en otras ocasiones. Pero no pierdas la calma, es lo peor que te puede pasar. Con serenidad se ven las cosas mejor y podrás encontrar la forma de arreglarlo todo.

El, retirando la mano, la miró con el ceño fruncido y gesto huraño.

—Claro, D^a Virtudes, es muy fácil dar consejos. «No te alteres, ten calma», ¿pero, cómo puedo tener calma? Esto es la bancarrota. Vamos a ver si tú mantienes la calma cuando este mes no te pueda dar dinero para la casa...

Empezó de nuevo a toser. Su mujer le miró preocupada.

—¿No piensas ir al médico? ¿Has llamado a Julio?

—Sí, me ha dicho que me espera esta tarde. A las cinco.

—¿Quieres tomar algo? Te preparo un café en un momento —le ofreció.

Movió él la cabeza negando.

—No, no quiero nada. Me voy a echar un rato, estoy cansado. Si me duermo, llámame con tiempo.

Se levantó y sin decir nada más, se dirigió a su cuarto.

Isabel le vio ir y no se atrevió a insistir en que tomase algo. Le conocía demasiado bien, sabía que cualquier comentario o consejo, sería mal interpretado.

Se dirigió a su vez a la cocina, para empezar a preparar la comida de la familia. Se le había hecho tarde, sus hijos no tardarían en llegar, hambrientos y con prisas, como todos los días.

Empezó a pelar patatas para preparar una porrusalda. Mientras cocinaba, no dejaba de pensar en el problema que se les venía encima y el modo de resolverlo, pero le era imposible imaginar una forma de hacerlo.

«¿Cómo puedo ayudarle, si apenas se nada de lo que sucede en la fábrica?, ¿cómo puedo comprender lo que le pa-

sa, si no me cuenta nunca, nada de nada?» –pensó sintiéndose cada vez más descorazonada.

Fue al dormitorio un par de veces, para ver si su marido seguía durmiendo. Aun mientras dormía, se le veía con el ceño fruncido y el gesto tenso, lo que hizo que ella se sintiera más y más preocupada.

A las dos, empezaron a llegar sus hijos. Primero, llegaron Jaime y Marina. Estudiaban en la misma facultad y normalmente, hacían los viajes juntos, en el coche del mayor. Poco después lo hacía el pequeño, Juan.

Cuando se sentaban a la mesa, apareció Alfonso. Parecía más relajado, más tranquilo y con mejor cara. El dormir le había sentado bien.

La comida transcurría en relativa calma. Los chicos, que comían con hambre, no empezaban a dialogar hasta el segundo plato.

—¿Quién era el fulano que estaba contigo esta mañana? –preguntó Jaime a su hermana—. Anda, guapa, que menudas pintas tenía el niño. Ya los podías escoger algo mejores.

—Mira quién habla..., como si tus amigas fueran de sangre real..., además, mis amigos los elijo yo, sin necesitar para nada tus consejos o tu autorización –le miró furiosa antes de seguir– y déjame en paz, ¿quieres?

Isabel, en otra ocasión, hubiera puesto fin a la disputa, no le gustaban las peleas en la mesa durante la comida, pero, hoy, pocas ganas tenía de entrar a mediar entre ellos.

Alfonso, abstraído, tampoco hacía caso de sus hijos. Se limitaba a comer en silencio, mirando a estos como si le fuera ajenos.

Después de comer, todos salieron disparados de la mesa. Solo Marina, se quedó para ayudar a su madre a recoger. Pero lo hacían en silencio. Ninguna de las dos tenía ganas de hablar. Solo al final, Isabel tuvo fuerzas para preguntarle:

—¿Qué chico es ese que dice tu hermano?

—Mi hermano es completamente idiota, con ganas de incordiar, mamá. Es solo un compañero de clase, estábamos hablando de los temas de mañana. No le hagas caso, mamá,

ya sabes lo pesado que se pone a veces Jaime. La verdad es que incluso a mí me cae bastante gordo, pero si me pregunta por algo de clase, no puedo dejarle con la palabra en la boca, ¿no crees? Ser educada con un compañero no me cuesta nada —no miró a su madre mientras le dio las explicaciones. Sabía que no era demasiado convincente, pero ni podía ni quería dar más detalles—. Me marcho a estudiar a casa de Rosario, aquí, cuando están mis hermanos, es imposible hacerlo, sobre todo, si les da por poner la música a toda potencia. Más que una casa, parece un circo —acusó de forma injusta.

—¿Vendrás tarde? —la miró fijamente al preguntárselo.

—No creo. De todas formas, si luego nos vamos a dar una vuelta, te avisaré.

Salió de la cocina y, al rato, Isabel oyó la puerta que se cerraba.

Terminó ella lo poco que quedaba por recoger y cuando hubo acabado, cerró la puerta y se dirigió al dormitorio. Alfonso se había vuelto a tumbar, pero no dormía.

Se sentó al borde de la cama y le preguntó.

—¿Cómo estás?, ¿te encuentras algo mejor?

—Un poco, ¿qué hora es?, no quiero llegar tarde. Ya sabes que Julio se impacienta si lo hago, tiene mucha gente esperando siempre.

—Espera, me arreglo y te acompaño. No quiero que vayas solo —se levantó presurosa para cambiarse de ropa, por lo que no pudo ver el gesto de disgusto que hizo su marido.

—Isabel, no creo que sea necesario que me acompañes. Puedo ir perfectamente yo solo.

Asomó la cara por encima del jersey que se estaba metiendo. Le miró perpleja. «¿Desde cuando no quería que le acompañase al médico?», se preguntó.

—Oye, que no me cuesta nada, es más, quiero ir contigo, hace tiempo que no veo a Julio y tengo ganas de saludarlo.

Dando por aceptación el silencio de su marido, terminó de arreglarse en silencio, sabiendo que era mejor no insistir en algunos temas.

Poco tuvieron que esperar en la consulta. Julio, antiguo amigo de ambos, de sus tiempos de estudiante, les recibió enseñuida.

—Isabel, qué sorpresa más agradable. Hacía mil años que no te veía. Pilar me pregunta por ti y quiere que nos reunamos una noche a cenar, hace tiempo que no lo hacemos. Pero estoy hasta arriba de trabajo y por la noche, soy como la ratita del cuento, solo quiero dormir —la abrazó con cariño al tiempo que la miraba atentamente—. Te veo algo demacrada y con cara cansada. ¿Vienes de acompañante o paciente?

—Solo de acompañante. Aunque pienses otra cosa, la verdad es que estoy divinamente. Es Alfonso, ya te habrá dicho que no se encuentra demasiado bien.

—Muy bien, pesado, siéntate y vete diciéndome qué te pasa —le miró atentamente mientras se sentaba y abría la carpeta con su historial.

Julio iba anotando en el informe todos los síntomas que su amigo le iba diciendo. Cuando acabó de preguntar, le dijo:

—Quítate la camisa, quiero ver como estás por dentro. Desde luego, no me parece que sea nada importante. Estás cansado, llevas una vida que mataría a un elefante sano.

El examen fue exhaustivo. Cuando terminó, mientras Alfonso se volvía a vestir, empezó a escribir.

—Te vas a hacer unos análisis y un par de pruebas más. No te preocupes, pura rutina. ¿Sigues fumando tanto? —vio el gesto de su amigo—; sí, sigues fumando. Pues nada perderías con dejarlo. Los análisis me los mandarán a mi, así que cuando estén, ya te aviso, siempre que salga algo para preocuparnos. Te llamaré yo.

—¿Tardarás mucho en saber los resultados? —le preguntó Alfonso mientras terminaba de vestirse.

—No creo, tres o cuatro días, lo habitual. ¿Te preocupa el resultado?

Alfonso se limitó a encogerse de hombros.

—No te comas el coco que todo estará bien.

—No me lo como, Julio, pero siempre es mejor confirmarlo —hubo sequedad en su respuesta.

—Cuando pase esta racha de trabajo que tengo, os llamo y venís a casa una noche. ¿Cómo están los chicos?

—Bien, estudiando y haciéndose mayores —fue Isabel la que contestó sin especificar demasiado. Julio también tenía hijos y no hacía falta que le explicase los problemas que estos traían.

Ya en la calle, se colgó del brazo de su marido.

—Oye, ¿por qué en lugar de irnos a casa, no nos vamos a dar un paseo, o al cine?, hace mil años que no salimos. ¿Te apetece? —viendo el gesto de duda, insistió—. Vamos, Alfonso, no seas así, de ésta forma te olvidas un poco de problemas y te relajas, que te ha de venir muy bien.

Él hizo una mueca, pero acabó por asentir. Se fueron al Retiro, donde siempre les había gustado pasear. La tarde, aunque fría, invitaba a ello. El cielo estaba de un azul un poco desvaído, lo que, unido al color cobrizo de las hojas de los árboles, hacía que el paseo fuese más agradable.

Anduvieron durante un rato en silencio, saboreando la paz y la tranquilidad que había a su alrededor.

Fue Alfonso el primero en romper el silencio.

—Hacía mucho tiempo que no veníamos por aquí. Antes lo hacíamos más a menudo. ¿Te acuerdas?

—Sí, siempre nos ha gustado mucho y cuando los niños eran pequeños disfrutaban viniendo. Hace ya tanto tiempo..., cuando eran pequeños y ahora ya son personas adultas. Alfonso, me preocupa Marina y me preocupa Jaime. Se llevan mal, parece mentira que sean hermanos y se lleven tan solo dos años. Pero Marina..., está tan rara —le contestó Isabel. Hablaba en voz baja, con algo de nostalgia.

—Es la edad, mujer, no te preocupes. Todavía no sabe bien lo que quiere. Tiene que madurar.

—Marina no es tan niña. Tiene veintidós años. A su edad tendría que ser más madura de lo que es. Lo que nos ha dicho Jaime me ha preocupado mucho. Aunque ella diga que solo es un compañero....

—No empieces, Isabel, tengo ganas de pasear en paz. No de empezar a discutir sobre nuestros hijos. Estoy cansado. Bastantes problemas tengo yo con lo mío. ¿Crees qué será algo serio?

—¡Por Dios, Alfonso!, te digo lo mismo. No empieces ya a querer encontrarte toda clase de males. Te lo hubiera dicho Julio, no le ha dado importancia. Ya le has oído. Te encuentra cansado, además que fumas demasiado.

Siguieron paseando en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

«¿Tendré algo malo?, es lo único que me faltaba. Con los problemas que tengo ya en la fábrica..., que me saliese algo malo.... No sé qué podría hacer, precisamente ahora, con los planes e ilusiones que tengo...» —se notaba cansado, en eso había tenido razón Julio. Pensó que unas vacaciones le vendrían de maravilla y deseó en esos momentos poder abandonarlo todo y marcharse unos días, pero, por supuesto, no con Isabel. Frunció el ceño al pensar en su mujer.

«¿Qué le pasará a Marina? ¿y Alfonso? ¡Dios mío!, menudo panorama. La fábrica con problemas y él, con lo aprensivo que es y no se encuentra bien. ¿Será algo malo? ¿Por qué me tiene que dejar siempre al margen de todo?, así, ¿cómo le puedo yo ayudar?, pero..., ¿acaso quiere mi ayuda, la ha querido alguna vez?». Movió la cabeza queriendo alejar de sí estos pensamientos, que lo único que hacían era alterarla más de lo que ya estaba. Apretándole el brazo con fuerza, procurando dar un tono alegre a su voz, le preguntó.

—¿ Me invitas a tomar algo por ahí?